

El afligido contraimperio de la globalización. Comentarios a *Imperio*, de Hardt y Negri, y a *El malestar en la globalización*, de Stiglitz *

Fernando Bravo Alarcón

Las ciencias políticas y sociales de los últimos años no dejan de apostar por las tesis controversiales, sorprendentes; aquellas que apuntan a quebrar ciertas verdades intelectualmente aceptadas o a romper algunos mitos políticamente legitimados. Si a inicios de los 90 las temerarias afirmaciones de Francis Fukuyama levantaron polvareda en el mundo académico y político —lo que terminó convirtiéndolo en inevitable referencia bibliográfica de cualquier visión comprensiva del mundo posterior al fin de la Guerra Fría—, ahora, a comienzos del siglo XXI, insurge el primer trabajo que parece producir los mismos efectos.¹

Pero la diferencia radica en que ahora los responsables de la sacudida no provienen de la derecha intelectual, quienes se habían enseñoreado del pensamiento político posterior a la caída del muro de Berlín con imágenes sugestivas

y frases provocadoras, al estilo de «el fin de la historia» o «el choque de las civilizaciones». Ni siquiera vienen del comunitarismo, presunto rival del liberalismo. Los provocadores de hoy pertenecen a aquella aguda casta de descontentos académicos que consideran que ya es posible y necesario señalar las tendencias que sobrevendrán al mundo de la globalización contemporánea. Solo para oponerlos a los Fukuyama, los Huntington, los Nye o los Brzezinski, tal vez lo más sensato sea calificarlos como activistas intelectuales del pensamiento radical.

En efecto, el itinerario académico y político de los dos autores, Michael Hardt (Washington 1960) y Antonio Negri (Padua 1933), los instala en lo que hasta hoy seguimos denominando «izquierda», ubicación que se ratifica en las tesis de *Imperio*,² en el tenor de las múltiples entrevistas que han brindado a raíz

* Hardt, Michael y Antonio Negri (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, pp. 432. Stiglitz, Joseph E. *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus, pp. 314.

¹ Si Fukuyama propuso el fin de la historia, ahora Hardt y Negri postulan nada menos que el fin del imperialismo.

² Adelantamos que el libro en mención se halla salpicado por llamados, demandas e invocaciones a quienes presuntamente les corresponde batallar por la superación del imperio; esto es, la multitud, aquel heterogéneo agrupamiento que, como los bárbaros que hundieron al imperio romano, contiene un potencial subversivo que se desbordará contra el orden global.

de la polémica levantada por esa obra, y en sus apuestas políticas.³

¿Cuáles serían las ideas que ambos autores proponen, aquellas que han hecho de *Imperio* un éxito de librería y un *bocciato di cardinale* para comentaristas y críticos? Las siguientes aseveraciones intentan presentar lo fundamental de las propuestas de Hardt y Negri:

– El imperialismo, esto es, la expansión del Estado-nación allende sus fronteras, ya no es la fase superior del capitalismo como tradicional y leninistamente se le ha entendido. Ahora, la etapa que corona a dicho orden económico es el *imperio*, un ordenamiento multinacional que se está materializando, una nueva forma global de soberanía compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos por una única lógica de dominio.

– A diferencia del imperialismo convencional, el imperio no establece ningún centro reconocible de poder (es un «no lugar», un espacio desterritorializado) y no se sustenta en fronteras o barreras fijas. Por el contrario, incorpora progresivamente la totalidad de los espacios globales a sus fronteras abiertas y en permanente expansión. En suma, es la hiperestructura que enmarca a la tan mentada globalización.

– Sus mecanismos de expansión («redes adaptables de mando») son altamente flexibles y adaptables, lo que le posibilitaría jugar con identidades híbridas, manejar jerarquías flexibles y procesar intercambios plurales, todo esto sin mayores problemas. En otras palabras, a diferencia del imperialismo, que no siempre llegó a entretrejerse económica, cultural y políticamente con sus espacios de dominación, el imperio crea un entorno global (la globalización) que asimila, comunica y sintoniza a culturas distintas, estructuras sociales diversas y estadios de desarrollo diferentes.

– Los mecanismos, medios, recursos y sujetos en los que se sustenta el imperio, así como lo sostienen, son susceptibles de llevarlo a su propia destrucción: «Las fuerzas creativas de la multitud que sostienen el imperio también son capaces de construir autónomamente un contraimperio, una organización política alternativa de los flujos e intercambios globales» (pp. 16-17). Por tanto, si antes el proletariado, la lucha de clases o las contradicciones propias del capitalismo encarnaban los factores destructivos de la sociedad capitalista, en la sociedad global le corresponde dicho papel a la multitud, esto es, todos aquellos cuyo trabajo se rige directa o indirectamente por el capital.

³ Hijo de un soviólogo que trabajaba en la Biblioteca del Congreso, Hardt se graduó primero en ingeniería, lo que le hizo interesarse en la búsqueda de fuentes alternativas de energía; luego, en 1983, se doctoró en Literatura Comparada y tuvo como director de tesis a Antonio Negri con quien sintonizó rápidamente. Por esa época trabajó en Centroamérica, durante la guerra sucia contra los movimientos revolucionarios de Guatemala y El Salvador, donde quizás fue testigo de las acciones de la CIA y de las operaciones encubiertas promovidas por Estados Unidos. Antonio Negri, filósofo y activista italiano, en los años 70 estuvo vinculado a las conocidas Brigadas Rojas, lo que le ha valido condena de cárcel, aunque tiene derecho a salir durante el día.

- El imperio no emergió de la derrota de los sistemáticos desafíos al capital; por el contrario, su existencia aparece como un claro testimonio de los esfuerzos de las masas en destruir el viejo esquema de los Estados nacionales y del colonialismo.

- Las relaciones sociales en el imperio no se establecen en función de los mecanismos de socialización y regulación convencionales (la escuela, la fábrica, la universidad, el hospital, la prisión, por citar los ejemplos que los autores mencionan), sino sobre la base de un sistema de control (el biopoder) capaz de penetrar en las conciencias, en la mente y en el espíritu de las gentes: es el tránsito de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control; el imperio es la sociedad del control y del biopoder. La constitución del imperio representa la reacción capitalista a la crisis de los viejos sistemas que servían para disciplinar la fuerza del trabajo a escala mundial.

- En el imperio, la biopolítica funciona sin las mediaciones clásicas de la política moderna, de tal modo que las relaciones entre el poder y el individuo se establecen directamente mediante el control de la vida misma. Para lograrlo es preciso superar las instituciones y mecanismos propios de los Estados-nación: «El mando imperial ya no se ejerce a través de las modalidades disciplinarias del Estado moderno, sino que se ejerce fundamentalmente a través de las modalidades del control biopolítico» (p. 314).

En suma, tras examinar la economía mundial y el formato imperial que ahora lo define, los autores encuentran que, como la *internet*, aquellos carecen de un núcleo centralizador, de un corazón; son un «no lugar»: ya no hay un Palacio de las Tullerías que incendiar o un Palacio de Invierno a ser asaltado.⁴ En segundo lugar, el libro redefine la vieja categoría de proletariado y la reconvierte al estatuto de una «multitud» nueva, diferente y poderosa, que da señales de descontento y de subvertir el orden. Finalmente, y aquí se ubica uno de los puntos más polémicos, Hardt y Negri sentencian que la economía mundial, posmodernizada, lejos de ser todopoderosa, contiene las semillas de su propia destrucción, y que el clima político nunca ha sido más propicio para el ascenso de «un comunismo que es marxista, pero mayor que Marx». En buen romance, la globalización registra nuevos potenciales de vida y de insubordinación, de producción y de lucha de clases. Lejos de derrotar al comunismo, la mundialización es el vehículo de nuevas formas de protesta, por lo que la decadencia del imperio ha comenzado y la revolución contra él está en marcha.

El mapa de *Imperio*

Escrito entre los años que mediaron entre el fin de la Guerra del Golfo y los inicios de los conflictos en Kosovo, hechos que marcan la configuración del imperio, el libro se presenta como el resultado de un estudio interdisciplinar, de un

⁴ Pero sí hay torres gemelas que derribar, para decirlo cínicamente. Según Negri, los sucesos del 11 de setiembre del 2001 grafican la lucha entre los capitalistas del petróleo y los capitalistas del dólar.

análisis proveniente de dos fuentes teóricas heterogéneas: *El Capital* de Karl Marx (tal vez su inspiración moderna) y *Mil mesetas* de Gilles Deleuze y Félix Guatari (su fuente posmoderna). Los autores justifican esta opción merced a la naturaleza múltiple, diversa, heterogénea y abierta de su objeto de análisis, «puesto que en el imperio, las fronteras que anteriormente podían haber justificado las perspectivas disciplinarias estrechas se están derrumbando progresivamente» (p. 17). Sus páginas, notas y bibliografía nos remiten, por tanto, a disciplinas diversas como la historia, la política, la economía y la antropología, además de la filosofía.

A tales atributos se añade aquel por el cual, de acuerdo con los propios autores, la obra puede ser leída desde diversos puntos de partida y no necesariamente de forma correlativa, aunque detallan al final del prefacio la línea expositiva que atraviesa el trabajo: como *Rayuela* de Cortázar, se puede comenzar por cualquier capítulo o sección, de atrás hacia delante, salteando páginas, etc., opciones que se verifican cuando uno encuentra en las diferentes secciones reiteradas referencias a las tesis principales del libro, como intentando recordárnoslas permanentemente.

De otro lado, resulta llamativo que diez de los dieciocho capítulos estén rematados por algunas páginas presentadas en cursivas, cuyos títulos y contenidos parecieran no estar en consonancia con el capítulo en que se insertan. Sin embargo, estos añadidos no se alejan de los textos que les anteceden: tienen la misión de aligerar la densidad teórica de estos últimos, y en algunos casos, permiten a los autores introducir algunas de sus apuestas y convicciones políticas.

Evalúense las siguientes citas:

En esta situación, ¿cómo puede reactivarse un discurso político revolucionario? ¿Cómo puede obtener nueva consistencia e incorporar en algún eventual manifiesto una nueva teleología materialista? ¿Cómo podemos construir un aparato que reúna al sujeto (la multitud) con el objeto (la liberación cosmopolítica) en el seno de la posmodernidad? [...]. Hoy, un manifiesto, un discurso político, debe aspirar a cumplir la función profética spinozista, la función de un deseo inmanente que organice a la multitud. No hay en esto ningún determinismo ni ninguna utopía: se trata más bien de un contrapoder radical, basado ontológicamente [...] en la actividad real de la multitud, en su creación, su producción y su poder: una teleología materialista. (pp. 73-74)

No, no somos anarquistas, sino comunistas que hemos visto cuánta represión y cuánta destrucción provocaron los grandes gobiernos liberales y socialistas. Que vemos cómo todo esto está siendo recreado en el gobierno imperial, precisamente cuando los circuitos de la cooperación productiva han hecho que la fuerza laboral en su conjunto esté en condiciones de constituirse en gobierno. (p. 319)

Esta es una revolución que ningún poder podrá controlar, porque el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución continúan unidos, en el amor, la simplicidad y también la inocencia. Esta es la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista. (p. 374)

Imperio puede ser definido como un intento por reivindicar y recuperar el comunismo en tanto actitud de disconformidad, desafío

y emancipación respecto de un orden global en vías de establecimiento que, paradójicamente, reclama transformaciones sustantivas por parte de aquellos a quienes sujeta y constriñe. En otras palabras, la economía mundializada ofrece más que nunca la oportunidad de una revolución humanista e incluso comunista.

Observaciones imperiales

Si bien ha merecido amplios elogios y reconocimientos por parte de importantes académicos, quienes destacan la profundidad de su análisis histórico, el rigor intelectual invertido y su revitalizante espíritu crítico,⁵ al mismo tiempo que saludan su capacidad de recuperar la polémica para la filosofía y las ciencias políticas de hoy, en *Imperio* se advierten no pocas trazas de las convicciones y apuestas políticas de sus autores.⁶ Por lo tanto, al lado de la sistematicidad, profundidad e imaginación invertidas por sus artífices coexisten tesis políticamente discutibles.

Una de ellas se refiere a la presunta acumulación de fuerzas subversivas que el orden imperial estimula e incrementa: «Puesto que la esfera imperial de biopoder y la vida tienden a coincidir, la lucha de clases tiene el potencial de estallar en todos los campos de la

vida» (p. 366). ¿De qué manera se puede realizar el pasaje o el salto desde la injusticia y la inequidad que genera el sistema hacia la probable conformación de un potencial revolucionario en los que sufren tales aflicciones? ¿Cómo probar que en el orden imperial los grados de insatisfacción y de descontento de la multitud son social y políticamente más peligrosos que en los tiempos del Estado-nación? ¿Cuáles son los indicadores que demuestran la existencia de ese potencial revolucionario? ¿Cómo se desencadena?

Hardt y Negri arguyen que ahora, en tiempos del imperio, lo que posibilitaría ese potencial subversivo son aquellas demandas y espacios que permiten una mayor relación y cooperación directa entre las personas.⁷ Tales espacios estarían formados, en primer lugar, por las migraciones, las nuevas residencias, la búsqueda de una ciudadanía global: «A través de la circulación, la multitud se apropia del espacio y se constituye en un sujeto activo» (p. 360). Otro estaría constituido por el hecho de que en tiempos imperiales «la fuerza laboral se ha vuelto cada vez más colectiva y social» (p. 365) lo que remite a la necesidad de un *salario social*, en el sentido de que ya no existen trabajadores productivos, reproductivos e improductivos, sino que ahora se

⁵ Véanse los comentarios en la contracarátula del libro.

⁶ Sostenemos esto no solamente en virtud de las afirmaciones que se encuentran en la obra que reseñamos —lo que sería razón suficiente—, sino también de acuerdo con las entrevistas que los autores han concedido a diversos medios de comunicación europeos, donde muestran total apertura a ventilar sus opciones ideológicas.

⁷ «El imperio crea un potencial para la revolución mayor que el que crearon los regímenes modernos de poder porque nos presenta, junto con la maquinaria de mando, una alternativa: el conjunto de todos los explotados y sometidos, una multitud que se opone directamente al imperio, sin que nada medie entre ellos» (p. 357).

exige que «toda actividad necesaria para la producción de capital sea reconocida con una compensación equivalente, de modo tal que un salario social sea realmente un ingreso garantizado» (p. 365).

El siguiente espacio es aquel donde la multitud se reapropia de todos los medios de producción del orden imperial: «La multitud no sólo emplea máquinas para producir, también se vuelve máquina ella misma, a medida que los medios de producción se integran cada vez más en las mentes y los cuerpos de los trabajadores. En este contexto, la reapropiación significa tener libre acceso al conocimiento, a la información a la comunicación y a los afectos y poder controlarlos, porque éstos son algunos de los medios esenciales de producción biopolítica. El mero hecho de que estas máquinas productivas se hayan integrado en la multitud no significa que ésta tenga el control sobre ellas» (p. 368).

En opinión de estos autores, estas tres plataformas facilitan la existencia de cierto potencial revolucionario. Pero, nuevamente, ¿cómo se sabe que tales espacios van a funcionar en la orientación que los autores apuestan? ¿Cuáles y quiénes serían los actores que encarnan ese potencial?

Las manifestaciones en las que los autores cifran sus esperan-

zas son las protestas y revueltas sociales que en la última década del siglo XX se han producido en muchas partes del mundo, sea en los países industrializados sea en los subdesarrollados.⁸ A estas se añaden las posteriores movilizaciones antiglobalización que acompañan religiosamente a cada uno de los cónclaves donde se reúnen funcionarios, representantes y autoridades de los organismos internacionales y de las potencias económicas del mundo.⁹ En pronunciamientos posteriores a la redacción del libro, Hardt y Negri saludan tales movilizaciones pese a la heterogeneidad de intereses de sus protagonistas y mantienen la expectativa de que estos movimientos se transformen en expresiones más orgánicas y duraderas.

Para los autores, esos estallidos y revueltas pueden ser puntuales y circunscritos; no hay nexos organizativos entre ellos, pero tienen en común un cúmulo de situaciones que advierten la presencia del imperio y del potencial revolucionario que provoca: «Tendríamos que reconocer que, aunque estas luchas se concentraron en sus propias circunstancias inmediatas locales, todas ellas plantearon problemas de importancia supranacional, problemas que son característicos de la nueva figura de regulación capitalista imperial» (p. 65). ¿Pero en qué

⁸ «Consideremos las luchas más vigorosas y radicales de los últimos años del siglo XX: los eventos de la plaza Tianamen, en 1989; la Intifada contra la autoridad estatal israelí; la sublevación de mayo de 1992 en Los Angeles; el levantamiento de Chiapas que comenzó en 1994; y la serie de huelgas que paralizaron Francia en diciembre de 1995, y las que inmovilizaron Corea del Sur en 1996» (p. 65).

⁹ Hay que reconocer que tras la finalizar la redacción de *Imperio*, comenzaron a producirse intermitentes movilizaciones antiglobalización en ciudades como Seattle, Melbourne, Davos y Génova, sedes de las reuniones donde los presuntos arquitectos de la globalización discutían y negociaban sus posiciones de poder.

han quedado cada uno de esos estallidos? ¿Puede una protesta específica, que se apaga y no muestra continuidad, permanencia y persistencia, ser expresión de una lucha de clases posmoderna? Las experiencias que sustentan las tesis de Imperio deben ser observadas a lo largo del tiempo y ver qué profundas fueron, qué alcances tenían y qué ideas subversivas plantearon. Creemos que el potencial revolucionario está más insinuado que fehacientemente registrado en los casos que mencionan los autores.

Otra observación que se le debe hacer al libro es que, una vez más, al igual que la derecha intelectual tipo Fukuyama, minimiza la realidad de los países del Sur pobre. Es cierto que en algunos pasajes mencionan cual categoría al Tercer Mundo y discuten las perspectivas del desarrollismo y la teoría de la dependencia de los años 60 y 70.¹⁰ Pero ni los procesos históricos del mundo subdesarrollado ni la producción intelectual de allí originaria tienen sitio preferencial en la obra que comentamos. Parece que la experiencia de Hardt en Centroamérica no ha sido debidamente aprovechada. Si la globalización afecta más crudamente a las mayorías tercermundistas, estas no reciben en el libro el lugar que deberían.

En un intento de justificación que más nos suena a coartada o a

comodidad, los autores afirman: «La genealogía que seguimos en nuestro análisis del tránsito del imperialismo al imperio será primero europea y luego estadounidense, no porque creamos que estas regiones son la fuente exclusiva y privilegiada de las nuevas ideas y de la innovación histórica, sino simplemente porque ésa fue la ruta geográfica dominante a lo largo de la cual se desarrollaron los conceptos y las prácticas que animan al imperio de nuestros días, en concordancia, como sostendremos luego, con el desarrollo capitalista de producción» (p. 17). Es así como justifican haber evadido el trabajo de adoptar un eje de análisis adicional que privilegie al Tercer Mundo. No es la primera vez, ni será la última, que un polémico e importante trabajo intelectual hecho en el Primer Mundo se ahorra un examen de la realidad de América Latina, África y Asia.¹¹

Una última observación acerca de la innecesaria presencia de mediaciones políticas en la época del imperio. Recordemos que para los autores «El poder imperial ya no puede resolver el conflicto de las fuerzas sociales mediante esquemas mediadores que desplacen los términos del conflicto. Los conflictos sociales que constituyen lo político se enfrentan directamente entre sí, sin mediaciones de ningún tipo» (p. 357).

¹⁰ Véase el capítulo 13 «La posmodernización o la informatización de la producción».

¹¹ Una de las primeras reacciones de los académicos latinoamericanos es tal vez *Imperio e Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (2002) escrito presurosamente por el argentino Atilio Borón tras la publicación del libro que motiva esta reseña. Así como ha ocurrido con la literatura primemundista respecto del aporte latinoamericano de la teoría de la dependencia, Borón confirma que el texto de Hardt y Negri no reserva ni una sola nota a pie de página a la producción latinoamericana sobre el funcionamiento del sistema imperial y el imperialismo (p. 16).

En otras palabras, los partidos políticos no tendrán papel que jugar en los tiempos del imperio. Estas organizaciones se vuelven irrelevantes; es más, prescindibles. No queda claro en el libro qué le cabe a los partidos, ni estos ni la democracia llegan a ser *issues* importantes en él. Las ideas de representación y sus formatos derivados no tienen lugar en el panorama imperial como tampoco lo tienen en el libro que anuncia su advenimiento. Cuando en el mundo se discute la democracia, cuando en América Latina persiste la preocupación acerca de cómo las democracias representativas —fundadas, por supuesto, en la existencia de organizaciones político-partidarias— pueden sobrellevar las crisis sociales y económicas, los autores de *Imperio* ponen de lado a estas mediaciones clásicas. Sin embargo, no definen qué estructuras organizarán a las masas proletarias como sujeto político en sus luchas contraimperiales. A lo más le endosan a la multitud esa responsabilidad: «El único acontecimiento que estamos esperando aún es la construcción o, antes bien, la insurgencia, de una organización poderosa. [...] No podemos ofrecer ningún modelo para este acontecimiento. Solo la multitud a través de su experimentación práctica ofrecerá los modelos y determinarán cuándo y cómo lo posible ha de hacerse real» (p. 372).

Guerra imperial o imperialista

¿Qué nos pueden decir estas provocadoras páginas sobre asuntos más recientes como la invasión

norteamericana a Irak? ¿Es un desmentido a las tesis de *Imperio*? Los autores han desarrollado una distinción conceptual que les permite matizar el comportamiento externo del poder norteamericano: una conducta será *imperialista* si, cual Inglaterra del siglo XIX, pretende extender el poder, la autoridad y los intereses de un Estado-Nación a otras latitudes; en contraste, será *imperial* si maniobra sobre la base de la red de diversos poderes que trabajan y funcionan juntos para ordenar al mundo en una misma orientación. Ese poder imperial, mas no imperialista, no puede trabajar pensando en el interés particular de una sola potencia; será imperial en tanto se alinee con el tinglado de poder que se distribuye entre diversos centros y sea «capaz de aplicar la justicia internacional, no como una función de sus propias motivaciones nacionales sino en nombre del derecho global». (cursivas de los autores).¹² No está de más añadir que los diferentes centros de poder no tienen porqué tener el mismo peso y capacidad de influencia, como tampoco el mismo estatuto legal y político: el Fondo Monetario Internacional, el Departamento del Tesoro norteamericano, la Oficina Oval, la ONU, su Consejo de Seguridad, la Unión Europea, entre otros, serían algunos ejemplos de estos centros de poder.

Así pues, una conducta imperial, pero no imperialista, «debe desarrollarse a través de la producción de normas jurídicas internacionales que establezcan el poder del actor hegemónico de manera duradera y legal».¹³

¹² Ob. cit., p. 172.

¹³ *Ibid.*

Bajo tales criterios ¿es imperial o imperialista la conducta de Estados Unidos bajo la administración Bush? La agresión contra Irak confirma la reaparición del imperialismo norteamericano, por lo que no encaja con la noción de imperio y de un mundo sin fronteras. Se trata de una tendencia que se reforzó con los sucesos del 11 de septiembre del 2001 y que se ratifica con la propuesta de George W. Bush de relanzar el imperialismo estadounidense, donde su país se convierte en el centro del mundo en casi todos los ámbitos: todas las decisiones y apuestas económicas, diplomáticas y militares tienen que pasar por Washington. No le agrada, no le interesa o ignora la opción de reforzar ese orden global, esa red extensa y descentrada que Hardt y Negri llaman *imperio*. Por supuesto que tal actitud se diferencia con la intervención imperial en Kosovo.

Si esto así, ¿pierde potencia explicativa la interpretación de nuestros autores sobre la supuesta constitución de un orden imperial mas no imperialista? Luego de Kosovo y antes de la invasión de Irak, cabría esperar que las tesis de Hardt y Negri se ratificaran; sin embargo, la acción de EE.UU. contradice esa expectativa y no habría muchas razones para esperar un desempeño norteamericano distinto en el futuro. En otras palabras, la aparentemente exitosa invasión y puesta en marcha de los planes para «poner orden» en Irak podrían

alimentar la percepción en la administración Bush de que el imperialismo *tout court* aún es posible.¹⁴

Nos preguntamos si esta tendencia unilateral le hará bien a los propios Estados Unidos. Tal vez no han reparado en que esa apuesta puede lesionar diversos intereses globales. Algunos autores estiman que esa política restringe la extensión siempre mayor del capital global, de tal modo que llegamos a la paradoja de que el principal promotor de la globalización tiene una administración que obstaculiza el libre flujo del capital global. De otro lado, ni qué decir sobre los antagonismos y animosidades que generará en muchos lugares del mundo la actitud norteamericana, de las que el 11 de setiembre solo podría ser una muestra.

Un testimonio de parte

Tal vez con pretensiones menos ambiciosas que los autores de *Imperio*, el Premio Nobel de Economía 2001 y ex vicepresidente del Banco Mundial, el profesor Joseph Stiglitz, acaba de publicar *El malestar en la globalización*, libro cuyo mensaje no se puede pasar por alto no solo por el perfil de su autor, sino sobre todo por constituir una visión que se ha formado dentro de los propios centros de decisión económica mundial.¹⁵

Estamos frente una obra que, sin ambages, emprende una crítica directa, fundamentada y desenfadada del *modus operandi* de aque-

¹⁴ Atilio Borón sostiene: «la opresión imperialista prosigue imperturbable su curso [...]». Ob. cit., p. 145.

¹⁵ «Escribo este libro porque en el Banco Mundial comprobé de primera mano el efecto devastador que la globalización puede tener sobre los países en desarrollo, y especialmente sobre los pobres en esos países» (Stiglitz, ob. cit. Prólogo, p. 11).

llas instituciones que en las tres últimas décadas se han convertido en los grandes regentes de la economía mundial: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC).¹⁶

Una de las particularidades de *El malestar...* es que Stiglitz no es alguien a quien se le pueda atribuir posiciones extremas que comulgan con los movimientos antiglobalización, de intermitente presencia en el mundo a partir de los años 90. No se trata, pues, de un libro más de aquellos que se escriben para denunciar y condenar a la globalización. Menos se trata de una obra con pretensiones visionarias, fundacionales, medio proféticas o medio apocalípticas, como algunos juzgan a *Imperio*. Es, más bien, un trabajo donde se vuelca una fundamentada crítica al modo en que tres de los operadores centrales de la globalización ya mencionados estructuran su quehacer frente al mundo subdesarrollado: un cuestionamiento, por un lado, de las anteojerías ideológicas con que imponen sus políticas; y, por otro, del dogmatismo económico que anida en su burocracia.¹⁷ Si *Imperio* suena en el registro de una nueva narrativa histórica general, con apuestas al futuro, *El malestar...* lo hace en los espacios de los *policy makers*, de cómo las decisiones de política deben y pueden hacerse más efectivas en sus resultados y equitativas en sus efectos.

Estamos, pues, ante un ex funcionario que posee pleno cono-

cimiento de los procesos de toma de decisiones en tales organismos multilaterales y que se ha atrevido a reconocer *ex post* los riesgos y las perversas consecuencias de las prescripciones que estos últimos acostumbra imponer a los países en desarrollo.

Ciertamente, no es la primera vez que una ex autoridad económica o financiera formula cargos en contra del papel que desempeñan los Estados e instituciones que más se han beneficiado con la globalización y la economía de mercado, pero sí es la primera que se materializa un libro que por su lenguaje y estilo pretende llegar más allá del público especializado: Stiglitz se dirige en primera persona; sus notas a pie de página, si bien contienen inevitables menciones bibliográficas, no son tan numerosas ni están repletas de datos estadísticos que mareen al lector. Claro intento de no caer en el ensayismo académico, objetivo que el autor explicita cuando sostiene que en esas páginas «he intentado describir los acontecimientos de los que fui testigo y relatar algo de lo que he oído» (p. 17). Se equivoca quien piense que *El malestar...* es un libro pesado, aburrido o excesivamente técnico: salvo por el tono crítico de sus argumentos, su estilo no provoca malestar en el lector. Basten elementales conocimientos de economía, de política mundial y de coyunturas regionales para atravesar sin turbulencias los nueve capítulos que lo conforman.

¹⁶ Son ellos los que conforman la poderosa burocracia internacional que Oswaldo de Rivero denomina «el alto clero supranacional». (Cf. De Rivero, Oswaldo. *El Mito del Desarrollo*. Lima: Mosca Azul, 1998).

¹⁷ «Las decisiones eran adoptadas sobre la base de una curiosa mezcla de ideología y mala economía, un dogma que en ocasiones parecía apenas velar intereses creados» (Stiglitz, ob. cit., p. 16).

Respecto a las críticas provenientes de personajes que han pertenecido al núcleo duro del alto cle-ro supranacional en contra de sus instituciones operadoras y de los países desarrollados, Michel Camdesus, ex director del FMI, ha recordado en numerosas ocasiones que dichos países no han cumplido sus compromisos frente a las naciones pobres y no hay perspectivas de que lo hagan en un futuro próximo. Otros, como Rudiger Dornbusch, quizás con móviles distintos a los de Stiglitz, han puesto en entredicho la propia existencia del FMI, cuya acumulación de errores merita preguntarse si en realidad el organismo aún tiene razón de existir.

En cuanto a las tesis del libro en mención, ¿cuáles son las ideas centrales que el premio Nobel maneja en sus páginas? ¿Qué hace interesante *El malestar en la globalización*, más allá de las credenciales intelectuales o el currículum de su autor?

En cuanto a las aportaciones centrales del libro las podemos frasar a través de las siguientes proposiciones:

– No se puede negar que la globalización genera efectos devastadores en los países en desarrollo, pero también es cierto que aquella puede ser una fuerza benéfica en la medida que encierra un potencial que podría ser compartido por naciones ricas y pobres. Es posible y necesario darle a la globalización un rostro más humano.

– Para lograr convertir a la globalización en una fuerza benéfica es necesario un replanteamiento profundo del modo en que ella es gestionada, esto es, modificar el *modus operandi* de sus principales

operadores: el FMI, el BM, la OMC: «Es necesario reformar las instituciones que gobiernan la globalización».¹⁸

– En estas instituciones las decisiones no se adoptan sobre la base de evidencias, principios económicos fundamentales o discusión abierta y democrática, sino merced a prejuicios ideológicos y posiciones fundamentalistas no siempre coherentes entre sí y con las experiencias históricas.

– Pese a las limitaciones y fallas inherentes al Estado y al mercado, ambos deben actuar como socios en la consecución del crecimiento y del desarrollo; las cuotas de participación en esta asociación serán distintas según los países, dependiendo de los estadios de su desarrollo político y económico.

– Los fracasos y malos resultados de las intervenciones del FMI en muchos países suelen ser minimizados, cuando no evadidos, por este organismo, el cual no realiza balances objetivos sobre las razones de dichos resultados, como tampoco demuestra —al menos públicamente— un espíritu de rectificación para futuras intervenciones.

– De todos los organismos multilaterales, son el FMI y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos los que en última instancia determinan el tratamiento financiero y direccionan la cooperación hacia los países subdesarrollados. Sin el certificado de buena conducta expedido por estas instancias, las demás entidades (BM, Unión Europea) no pueden extender su cooperación hacia los países que la requieren.

– De no efectuarse cambios y reformas, si la globalización continúa siendo conducida como hasta

¹⁸ Stiglitz, ob. cit., p. 314.

ahora, esta seguirá provocando pobreza e inestabilidad; la reacción contra este estado de cosas que ya ha comenzado se extenderá y el malestar ante la globalización se agudizará.

Es probable que algunas de estas aseveraciones no resulten tan novedosas, en la medida que se pueden confundir con las denuncias antiglobalización que se han interpuesto desde que el tema se instaló en la agenda mundial de preocupaciones. En términos gruesos, todas las críticas antiglobalización pueden parecer altamente coincidentes; empero, corresponde hacer las distinciones del caso, pues Stiglitz no se limita a presentar las falencias de ese proceso integrador, sino que precisa parte de los mecanismos con que aquel se materializa, ello a través del papel que cumplen el FMI, el BM y la OMC, junto a otras instancias también importantes, como es el caso del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y la Unión Europea. De igual modo, saca a la luz los criterios de decisión y estilos de trabajo (prejuicios políticos, fundamentalismo ideológico, encapsulamiento intelectual, autoritarismo, etc.) que caracterizan el quehacer de estos organismos frente a los gobiernos de los países en desarrollo. Por eso Stiglitz considera que «ha llegado el momento de “calificar” la acción de las instituciones económicas internacionales y observar esos pro-

gramas y lo bien, o mal, que promovieron el crecimiento y redujeron la pobreza» (p. 80).

Partidario de la globalización de rostro humano

Como ya lo advirtió Mario Vargas Llosa,¹⁹ es probable que el libro del profesor Stiglitz sea adoptado como un estandarte de los movimientos antiglobalización: después de todo, qué mejor que un ex miembro del *establishment* capitalista mundial denunciando las incompetencias, insensibilidades y cegueras del alto clero supranacional.²⁰ Creemos que Stiglitz era consciente de esa posibilidad. No obstante, él mismo piensa que la globalización no es, *per se*, un proceso funesto para los países en desarrollo y que es necesario replantear los términos en que esta se gestiona:

Creo que la globalización —la supresión de las barreras al libre comercio y la mayor integración de las economías nacionales— puede ser una fuerza benéfica y su *potencial* es el enriquecimiento de todos, particularmente de los pobres; pero también creo que para que esto suceda es necesario replantearse profundamente el modo en el que la globalización ha sido gestionada, incluyendo los acuerdos comerciales internacionales que tan importante papel han desempeñado en la eliminación de dichas barreras y

¹⁹ Vargas Llosa, Mario. «La tortuga y la liebre», en *El País*, 26 de mayo, 2002.

²⁰ Hay otros autores cuyas posturas y pronunciamientos son funcionales a los movimientos antiglobalización: Susan George, a quien se considera una de las intelectuales del movimiento, es autora de libros como *El Informe Lugano o El Bumerán de la Deuda*; Alan Greenspan se inquieta ante la exuberancia irracional del mercado; George Soros, de quien se afirma hizo su fortuna basándose en la especulación, piensa que demasiado capitalismo puede terminar minando los cimientos del propio capitalismo.

las políticas impuestas a los países en desarrollo en el transcurso de la globalización. (p. 11)

¿Pero en dónde podríamos ubicar a Stiglitz y al libro que ahora reseñamos? ¿Cómo lo situamos en medio del a todas luces creciente descontento que provoca esta globalización desbocada?

En nuestra opinión, existirían hasta cuatro posiciones políticas o intelectuales más o menos claras frente al asunto. En primer lugar, si queremos empezar por la derecha, está aquella postura que el propio Stiglitz califica como de fundamentalismo de mercado, el denominado neoliberalismo, comúnmente asociado con el pensamiento tecnocrático y monetarista: aquellos *con extremada fe en la economía del libre mercado*, a quienes les va muy bien con la mundialización económica, proceso al que tendrían poco que reprochar. Los organismos multilaterales, algunos núcleos de pensamiento económico y las grandes corporaciones transnacionales serían los complejos institucionales donde anidan estas convicciones.

Enseguida se sitúan los que aceptan lo esencial de la globalización, si bien le reconocen algunas fallas susceptibles de ser enmendadas con «políticas responsables». Creen en su inevitabilidad y en la *posibilidad de usar correctivos para hacerla más tolerable*, sin cuestionar problemas como la desigualdad

o la pobreza que se generan tanto en los países subdesarrollados como en el seno de las propias naciones industrializadas. Gobernantes que gustan obtener certificados de buena conducta de los organismos multilaterales; algunos técnicos y expertos que asumen funciones públicas, y que, por tanto, se exponen a la presión de los medios; intelectuales occidentales que no pueden obviar hechos y situaciones que demandan respuestas y salidas (movilizaciones antiglobalización, asonadas en países donde se aplicaron duros programas estabilizadores, la amenaza terrorista luego del 11 de septiembre), son algunos de los que suscriben esta posición.

En tercer lugar tenemos a los que califican al actual proceso de *globalización como incompleto y desequilibrado* en tanto peca de un sesgo económico y financiero que margina los derechos sociales y humanos de las gentes. No se atreven a cuestionar al sistema en sí mismo, sino al real formato con que se despliega el capitalismo contemporáneo. Para esta postura, es necesario redefinir la mundialización económica, en virtud de que es posible darle un rostro humano, someter a consideración democrática las decisiones que van a afectar a decenas de millones de personas y a generar prosperidad en muchos más países de los pocos donde hasta ahora se han logrado resultados. El tenor de *El malestar...* posiciona a Stiglitz en este grupo.²¹

²¹ «El mundo desarrollado debe poner de su parte para reformar las instituciones internacionales que gobiernan la globalización. Hemos montado dichas instituciones y debemos trabajar para repararlas. Si vamos a abordar las legítimas preocupaciones de quienes han expresado su malestar con la globalización, si vamos a hacer que la globalización funcione para los miles de millones de personas para las que aún no ha funcionado, si vamos a lograr una globalización de rostro humano, entonces debemos alzar nuestras voces. No podemos, ni debemos, quedarnos al margen» (Stiglitz, ob. cit., p. 314).

A la izquierda de esta ubicación se halla ese pensamiento radical que cuestiona los mecanismos centrales con que se despliega el capitalismo hoy en día. Consideran que la globalización no es sino el nuevo formato de la lógica del capitalismo, el cual por definición siempre buscó expandir los mercados sobre la base de la explotación, pobreza y marginación de las economías periféricas. Hardt y Negri, quienes en *Imperio* admiten que es posible utilizar los espacios que abre la globalización para superar su dominio,²² se instalan en esta zona del espectro político.

Sin embargo, no siempre esta posición es clara y unívoca al identificar los motivos por los que se opone a la mundialización económica: allí converge ese pluriforme movimiento antiglobalización donde se hacen presentes hippies comunitaristas partidarios de una nueva contracultura, marxistas reconvertidos, ecologistas, sindicalistas, socialdemócratas, cibernautas, e incluso, liberales consecuentes con la ética y la justicia social, etc. Esta heterogeneidad puede dar lugar a

posiciones antisistema que se confunden con la radicalidad (diríamos violencia) con que se movilizan cada vez que se produce cualquier cónclave de los actores-soportes de la globalización.

La posición de Stiglitz es, por tanto, de crítica dentro del sistema. Puede parecer muy extremo en sus afirmaciones, puede asistir a foros críticos de la globalización,²³ puede entrevistarse amicalmente con Fidel Castro y tomarse fotos con él, pero ello no lo convierte en un predicador antisistema. Lo que sí puede ocurrir es que sus impugnaciones al papel fondomonetarista le provoquen problemas de credibilidad y autoridad al organismo multilateral, pues los fracasos de varias de sus misiones, evaluaciones, recomendaciones (que serían en el fondo imposiciones) no pueden pasar desapercibidos para los países que negocian con él. Por ejemplo, a propósito de la situación que afecta a la Argentina, aparecen políticos latinoamericanos que han manifestado públicamente sus dudas y reparos frente a la credibilidad técnica de las recomendaciones del FMI.²⁴

²² «El paso al imperio y sus procesos de globalización ofrecen nuevas posibilidades a las fuerzas de liberación. [...] A través de estas contiendas y muchas otras semejantes, la multitud tendrá que inventar nuevas formas democráticas y un nuevo poder constitutivo que algún día nos conduzca a través del imperio y nos permita superar su dominio». (Hardt y Negri, ob. cit., p. 16-17).

²³ Tiene razón Vargas Llosa cuando observa que Stiglitz maneja una versión algo reduccionista de la globalización: esta no solo refiere a las esferas económicas y financieras, sino también a las políticas y culturales, la cuestión de la democracia entre estas. Stiglitz sí menciona a la democracia, la corrupción y el desarrollo de las instituciones, pero el énfasis no está puesto en esas coordenadas.

²⁴ Credibilidad que, al parecer, no se extiende más allá de lo técnico y que no llega a lo ético, pues este organismo multilateral no evalúa la calidad y trayectoria moral de sus representantes; evalúese sino el caso de la misión del FMI que arribó recientemente a la Argentina, teniendo en sus filas al ex ministro de Economía peruano Jorge Baca Campodónico, denunciado en el Perú a propósito de su turbia gestión cuando jefe de la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria en los tiempos de Alberto Fujimori. Al momento de redactar estas líneas dicho «tecnócrata» peruano seguía retenido en Argentina, a la espera de aclarar su situación legal.

Si buena parte de los activistas antiglobalización interpretan este proceso mundial como una especie de conspiración orquestada por las transnacionales y el alto clero supranacional, Stiglitz deslinda con estas posiciones: «Yo no creo que tal conspiración exista. La verdad es más sutil» (p. 18). Con esto, el autor toma distancia de aquellas actitudes de suspicacia y de sospecha que acaso tiñen buena parte de las interpretaciones planteadas para explicar hechos, circunstancias y procesos no del todo aclarados.²⁵ Sin embargo, reconoce que no debe sorprender que «las políticas de las instituciones económicas internacionales demasiado a menudo se ajusten en función de intereses comerciales y financieros de los países industrializados avanzados» (p. 45).

Una observación plausible al texto de Stiglitz es que tiende a concentrar sus dardos casi exclusivamente en el FMI y resta responsabilidades al BM, quien sale mejor parado. Son varios los pasajes en que el FMI queda como el malo de la película: hipócrita, insensible, autoritario, racista (no confían en el criterio de los países pobres, a quienes trata como colonias) y a veces sospechosamente torpe y empecinado. Cabría una interpretación más ponderada en este as-

pecto. Del mismo modo, advertimos en el autor una actitud de «Si nos hubieran hecho caso, es muy probable que las cosas habrían salido mejor».²⁶ No es que el técnico Stiglitz guste de las profecías autocumplidas, sino que sus páginas exudan cierto aroma de autoseguridad y experiencia del que parecen carecer sus pares del FMI: no es por gusto que, a diferencia de sus colegas economistas, quienes saben poco o nada del país al cual van a imponer recomendaciones (o sanciones), Stiglitz haga alarde de sus numerosos viajes por el Tercer Mundo y de conocer con cierta propiedad sus problemas. Cabe recordar que los autores de *Imperio* no acreditan tal experiencia.²⁷

Tómese en cuenta, además, que Stiglitz cree posible y necesario redefinir la globalización haciéndola más humana; Hardt y Negri la saludan en tanto facilitadora de la próxima revolución de la multitud: mientras el premio Nobel de Economía destaca el potencial benéfico de la globalización, Hardt y Negri resaltan el potencial subversivo que ese proceso inculca en la multitud.

De otro lado, a diferencia de *Imperio*, *El Malestar...* está escrito desde un tecnicismo abierto, sensible a nociones que se asocian poco

²⁵ Desde el asesinato del presidente John F. Kennedy, pasando por el incidente de Roswell (la presunta caída de un platillo volador y su encubrimiento por parte del gobierno norteamericano), el supuesto papel saboteador de las transnacionales del petróleo frente a la búsqueda de fuentes alternativas de energía, hasta el papel del FMI y el BM como agentes de la dominación mundial, tenemos diversas expresiones de las tesis de la conspiración.

²⁶ «Posiblemente, si el FMI hubiese hecho lo que debía —aportar financiación rápidamente a países con buenas políticas económicas en tiempos de crisis, sin buscar imponer condiciones— el país habría podido dejar atrás los problemas con menos penalidades» (p. 65).

²⁷ Como dijimos en páginas anteriores, la experiencia de Hardt en Centroamérica no está suficientemente aprovechada, aún cuando parece que eso no era relevante para redactar *Imperio*.

al pensamiento tecnocrático: la justicia, la equidad, la solidaridad. No es un libro de izquierdas obviamente, pero intenta levantar una voz disonante desde los propios cenáculos de la academia y la burocracia institucional del Primer Mundo. No sabemos si logrará romper la estrecha uniformidad que siempre caracterizó al coro del FMI, que siempre cantó e hizo cantar al unísono partituras hoy *démodée*: los programas económicos que eran «música celestial»²⁸ para los oídos del FMI hasta años recientes, han perdido armonía, tonalidad y ca-

dencia, según Stiglitz. La obra de Hardt y Negri, en cambio, es el resultado de un compromiso político militante, el cual no se disimula ni esconde. El del premio Nobel de Economía es un trabajo escrito para ventilar públicamente aquello que se oculta en el manejo de la economía mundial, un testimonio que incomoda desde adentro a los poderes fácticos supranacionales; el de los colegas americano e italiano una profética convocatoria a la acción colectiva, un intento de relanzar la profecía política iniciada por Marx.

²⁸ Recordada metáfora utilizada por el ex presidente Alberto Fujimori para describir qué tan bien era recibido por los funcionarios del FMI el plan económico que aplicó en su gestión.